

La formación de un hombre que siente el llamado a servir en la iglesia, es fundamental, si bien el pietismo puede ser un signo y la vivencia permanente de la vida eclesial otro, es IMPOSIBLE que un consagrado no sea un hombre formado y conocedor de lo que debe entregar.

Sería una irresponsabilidad el poner a un hombre ignorante a guiar a personas que buscan a Dios, sería un ciego guiando a otros ciegos y el resultado sería caótico.

Ser sacerdotes es más un modo de vida que una carrera. Sus funciones varían de una fe a otra, pero existen ciertos aspectos que son iguales en todas las religiones.

Si uno está pensando en convertirte en sacerdote, debe ser ya activo en la propia comunidad religiosa y tener una profunda convicción espiritual. Entre las razones que impulsan a desear ser ordenado figuran:

- Desear compartir y dar enseñanzas y guía religiosa.
- Desear proporcionar consuelo y ayuda a los demás mediante la religión.
- Poseer una irresistible vocación por retar a las personas a ir más allá de su moral y convicciones más inmediatas.

Para ser sacerdotes se necesita:

- Ser capaz de relacionarse con todo tipo de gente, en todas las circunstancias, con compasión y sensibilidad.
- Dotes de liderazgo.
- Aptitudes para inspirar a los demás.
- Fortaleza moral y emocional.
- Ser paciente, digno de confianza y discreto.
- Buenas dotes comunicativas, incluida la de hablar en público.
- Un verdadero deseo de ayudar a la gente.
- Un buen conocimiento de las necesidades de la comunidad a la que se pertenece.
- Excelentes dotes para escuchar.
- Estar al día respecto a cómo tu fe o religión aborda diferentes cuestiones sociales.

También pueden ser necesarias dotes para enseñar y dirigir grupos de estudio para niños y adultos. En algunas religiones, puede ser preciso enseñar la lengua usada en los textos sagrados y las oraciones, como el latín, el árabe y el hebreo.

Si queremos entregar lo que la sociedad necesita, debemos estar preparados, conocer muy bien nuestra fe, ser capaces de entregar lo que tenemos como conocimientos y experiencia. Un sacerdote IGNORANTE, es poner un niño a manejar el tren bala, es NEGAR a la comunidad la posibilidad de conocer el PORQUE de su fe y la historia de su iglesia.

El sacerdocio es un servicio (διακονία-diakonía) dado gratuitamente por Dios. Es un don celestial. Por eso, el sacerdocio es más honorable que los demás servicios o profesiones mundanas. Es un ministerio que abarca la tierra y tiene

su finalidad y frutos en el cielo. Es un ministerio angélico y digno de los ángeles. La obra del sacerdote es obra de los ángeles. Por lo tanto, el sacerdote se llama ángel, pero él no habla de su propia inteligencia, sino de Dios quien lo ha enviado.

El sacerdocio no fue instituido por el hombre, tampoco por algún ángel, sino por el mismo Espíritu Santo que habla por los profetas. El sacerdocio tiene un carácter sagrado altísimo por varias razones. El poder de celebrar la divina liturgia y de ofrecer la oblación no sangrante es el privilegio más importante ofrecido a los hombres y dado a los sacerdotes. Es un privilegio que no fue dado aún a los ángeles.

El poder de la absolución de los pecados (atar y desatar) es el mismo poder que fue dado de Dios Padre al Hijo, y por Él a los sacerdotes. Esos dos poderes reflejan suficientemente la dignidad y el honor altísimo de este ministerio.

El Nuevo Testamento incluye información real sobre el hecho de que por lo menos algunos de los apóstoles – incluyendo San Pedro – eran hombres casados; y el estar casado se consideró como normal para aquellos ordenados que seguían en el ministerio: **“Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador,...que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestad”** (I Timoteo 3: 2-4).

Este requerimiento no cubre los casamientos civiles contraídos “antes del bautismo”, es decir, fuera de la Iglesia. Como hemos visto antes, éstos no son considerados como “matrimonios” y, por lo tanto, no pueden impedir la ordenación de un hombre que fue subsecuentemente casado de nuevo por la Iglesia.

Cualquiera sean las restricciones pastorales y disciplinarias establecidas por la Iglesia contra el matrimonio después de la ordenación y en favor de un episcopado soltero, la intención general de la tradición Ortodoxa es clara. El matrimonio no es un estado inferior, sino que es bendecido por Dios. “Por lo tanto”, proclama el Sexto Concilio Ecuménico, **“si alguien ha osado, en contradecir los Cánones Apostólicos, para privar a un sacerdote, diácono, o subdiácono, de cohabitación y relación sexual con su esposa legítima, será depuesto. Así como también si cualquier presbítero o diácono ha despedido a su esposa, simulando hacerlo por devoción, será depuesto”** (canon 13; véase también Concilio de Gangra, canon 4). Los problemas que encara hoy la Iglesia Romana, donde, por muchos siglos y con la base Agustiniana del concepto de matrimonio, ampliamente rechazado hoy, en el que el celibato fue impuesto al clero, son impensables en la Ortodoxía.

1 ¿Quién es el sacerdote?

Se pregunta San Juan Crisóstomo.

Es un ángel que soporta Cristo sobre su mano, habla de Él y lo sirve. Cuando el sacerdote celebra los sacramentos, él da sus manos a Cristo; cuando predica, da su lengua a Cristo. Por eso, el sacerdote tiene que ser puro como los ángeles.

Los sacerdotes son nuestros padres, tenemos que considerarlos como superiores a nuestros padres físicos. El sacerdote nos da a luz en el reino de Dios a través del bautismo, y nos alimenta por el misterio de la divina liturgia. El sacerdote realiza su ministerio por medio de los santos sacramentos, la predicación, la dirección espiritual y sus propias oraciones. De esta forma, el sacerdote no vive para sí mismo, pero sí para el que le encomendó este ministerio, por su rebaño, para estar al servicio de su iglesia. Grande es la responsabilidad de los sacerdotes, y múltiples son sus deberes ante Dios, porque Él les había dado la misión de preocuparse por las almas de los hombres. Sus deberes son infinitos en cuanto se preocupan por la salvación del mundo, y rezan para todos los hombres a fin que conozcan y que se acerquen a Dios.

2. Las condiciones del sacerdocio

El candidato al sacerdocio debe revisar toda su vida, a lo largo del tiempo pasado. Tiene que revisar todas sus disponibilidades, la corporal, moral, académica y espiritual. Si encuentra algo que le impide el ejercicio de ese ministerio, tiene que estar atento, porque la reprimenda de Dios será muy dura. Por lo tanto, no tiene que descuidar su ministerio. En general, las debilidades de los hombres y sus pecados afectan a uno mismo, o aparecen durante la noche cuando nadie lo observa y no se escandaliza. Pero, las debilidades de los sacerdotes son vistas por todos los hombres, como si fuera el mediodía, y cada una escandaliza a muchos. La responsabilidad cuenta no tanto como pecado personal del sacerdote sino en cuanto escandaliza a la multitud. En cambio, cuando la gente observa una virtud, esto constituye su apoyo y consuelo. El candidato al sacerdocio debe caracterizarse por su madurez y sabiduría, abnegación y la aptitud de darse y sacrificarse, el respeto al sacerdocio y la inclinación hacia él, la abstinencia, la cultura, la aptitud a enseñar, la salud física y espiritual, para que pueda llevar a cabo todas sus responsabilidades. Muy importantes son la edad y la piedad que posea, pero no son éstas las condiciones más importantes. La juventud no impide y la vejez no sirve; lo requerido es la sabiduría. Es seguro que hay dificultad para un sacerdote joven de adquirir rápidamente la confianza de la parroquia, pero la adquirirá con mucha fuerza cuando se afirme por su sabiduría, piedad, ascetismo, vida y obras. Además de las facultades personales, el sacerdote necesita dones de administración.

La vida del sacerdote es el motor que anima el fervor de su rebaño. La iglesia es el cuerpo de Cristo. El candidato al sacerdocio debe abocarse a que su vida y su ética no influyan negativamente en los miembros de este cuerpo. Sobre todo, el candidato debe persistir con paciencia y perseverancia en su decisión de sacrificarse, porque este ministerio es arduo y necesita mucho amor. Antes de

empezar ese camino, el candidato tiene que decidir ser firme y a la vez flexible, frente a todo lo incorrecto, sea grande o no. Él se va a enfrentar gente que no ofrecen ningún servicio y no tienen ninguna responsabilidad en su Iglesia, pero no paran de quejarse, oponerse, condenar a los demás y defenderse. Critican su trabajo y su palabra, con razón o sin ella. Van a difundir que el sacerdote o el obispo hace daño a la Iglesia o roba dinero destinado para los pobres. Todos reclaman todo del sacerdote, aun más los que no ofrecen nada y no asumen ninguna responsabilidad. Por lo tanto, San Juan Crisóstomo dice que el poder del sacerdocio no sólo no ofrece alegría, sino que es una esclavitud extrema. En la práctica, el sacerdote sufre como el peor de los siervos. Eso fue un reflejo de la experiencia personal del santo padre. Por lo tanto, él sugiere que el candidato imagine previamente la grandeza de las responsabilidades y de las dificultades que lo están esperando. La pastoral de las almas, su cuidado, la organización de la Iglesia y su servicio, requieren varios dones espirituales de parte del candidato. Esto pasa en las instituciones mundanas en general, ¡cuanto más en la Iglesia de Cristo!

San Juan Crisóstomo.